

LA DEMOCRACIA MERMADA UNA APROXIMACIÓN AL SOCIALISMO REFORMISTA

Enrique Prado

Artículo X: Todos los privilegios especiales de las provincias, principalidades, condados, cantones, ciudades y comunidades de habitantes, ya sean financieros o de cualquier otro tipo, quedan abolidos sin indemnizaciones, y serán absorbidos dentro de los derechos comunes de todos los franceses.

Decretos de Agosto de 1789.

A LAS PUERTAS DEL REFORMISMO

El socialismo del PSOE, también llamado, por su jefe de filas, Zapatero, socialdemocracia progresista, va camino del reformismo. ¿En qué se diferencia una socialdemocracia progresista de otra reformista, desde una perspectiva externa o etic? Un gobierno reformista de corte socialdemócrata es aquel que se ve obligado a prescindir por completo de su programa electoral, renunciando, por pragmatismo, a todos los proyectos sociales que iban en él y a las obras públicas ya licitadas. De esta manera, se convierte, en cuestión de horas o de días, en una socialismo difuso y *vagabundo* que guardaría con el socialismo progresista un aire de familia, pero no más. El propio Alfonso Guerra, el día en que el presidente del Gobierno, en el Congreso, anunció sus recortes, atónito ante el cambio de rumbo anunciado por Zapatero, sintió que había entrado en el hemiciclo como parte de la Confederación Galáctica y que salía de allí como miembro de la nave insignia del Imperio, la Estrella de la Muerte. El reformismo, además, ha redescubierto que no es el movimiento obrero el que con su praxis y fuerza programática desestabilizará el sistema capitalista, en su camino hacia el socialismo, sino que es el sistema financiero —un sis-

tema prácticamente imposible de socializar— el que produce los desajustes del sistema productivo. He aquí un nuevo reto para la izquierda, que puede sumar, a la confusa amalgama de utopías que ha ido coleccionando, una nueva tarea para el siglo XXI: alcanzar un sistema político no totalitario, capaz de socializar al capital financiero, al tiempo que se evita la desestabilización del sistema productivo.

¿En qué se parecen el progresismo y el reformismo? Sobre todo en las siglas PSOE, que no cambian, al tiempo que se mantiene todo el aparato de poder interno del partido. ¿Qué lectura hace el partido socialista? Las circunstancias mandan, dicen; se trata de un proceso coyuntural, afirman. Para que mejor se entienda: es como si la Coca-Cola —piensan— empezara a envasar, bajo su marca, y sin previo aviso, la bebida de su competidora, la Pepsi-Cola. Desde una perspectiva interna, el cambio se quiere ver como insustancial y puramente coyuntural: un ligero sabor, diferente, más dulce, si acaso; desde dentro todo sigue igual: los matices organolépticos que captara el consumidor como distintos —entiéndase: crisis económica, bajada del sueldo de los funcionarios, congelación de las pensiones, escasez de crédito para la producción, cuatro millones y medio de parados, etc.—, serían, a lo sumo, puros matices de progreso, un ir con los tiempos que demandan nuevos sabores o cambios nimios del producto para adaptarse a un nuevo mercado emergente. Esta vía la inauguró ya, casi al comienzo de la crisis —justo cuando el gobierno juraba y perjuraba que no había tal cosa—, Juan José Millás que, en una de sus agudas interpretaciones del espíritu del pueblo español, llegó a decir que él no la veía por ningún lado y daba como prueba el que en todas las televisiones seguían anunciándose productos y marcas. Claro que por aquella época también se escanciaba sidra, pero a partir de esta constatación, ningún economista hubiera podido deducir un aumento o una disminución de la demanda de sidra o de manzana.

¿Qué pretende el reformismo socialdemócrata? Acabar la legislatura, esperando, que al final de la misma, se produzca un menor desgaste político y repunte la intención de voto que, hoy

por hoy, es favorable al PP. ¿Cómo conseguirlo? Con la inestimable ayuda de un nuevo concepto político: la geometría variable que no es sino otro nombre que recibe la enorme venalidad de los partidos nacionalistas cuyo mercadeo es notorio y proverbial.

En este artículo se toma como punto de partida la tesis de Gustavo Bueno sobre el Antiguo Régimen, entendido como núcleo originario y esencial a partir del cual se irá desplegando la oposición derechas e Izquierdas. La derecha efectiva (*El mito de la derecha*, 2008:27) no sería propiamente el Antiguo Régimen sino que es la reacción conservadora del Antiguo Régimen ante la acción transformadora de las izquierdas y por ello la idea de derecha mantiene “prioridad virtual lógica respecto de la idea de Izquierda”. La aproximación que se hace a la ideología del socialismo reformista se desarrolla en el ámbito exclusivo del *mito de la Derecha*, entendido como (2008:108)

la creencia propia de muchas personas o grupo de personas, perteneciente a una sociedad política compleja, organizada en régimen de democracia parlamentaria, según la cual en tal sociedad política existe realmente un estrato social de individuos o grupos orientados y aun cohesionados por su tendencia, más o menos consciente, a mantener las características, improntas o prerrogativas heredadas del régimen anterior a la democracia (al Antiguo Régimen), frente a los intentos de otros grupos o partidos, denominados como izquierdas, orientados en el sentido de demoler tales características, improntas o prerrogativas.

Lo que deseo resaltar es que, más allá de la estructura lógica o gnoseológica de la dialéctica entre Derechas e Izquierdas, ya explicada por el profesor Bueno, en sus dos libros *El mito de la Izquierda* y *El mito de la Derecha*, la izquierda socialista —me refiero muy en concreto a sus dirigentes, cargos políticos y miembros de la dirección del partido— mantiene muchos resabios, no ya de la derecha efectiva —que surge, en oposición a la izquierda, tras la revolución Francesa— sino del Antiguo Régimen que, en el imaginario de los dirigentes socialistas, actuaría como un ideal oculto, ya no burgués sino aristocrático. De igual

modo a como la revolución rusa acabó con el zar y la aristocracia, pero no con los valores que quedaron plasmados en *La guerra y la paz* de Tolstoi, el socialismo, ahora socialdemocracia reformista, mantiene como imaginario propio los valores del Antiguo Régimen para uso de sus elites, tanto en la toma de decisiones importantes que atañen al partido, como en su vida privada y familiar. Es decir, el proceso que condujo de las sociedades aristocráticas a las democráticas se revierte por completo, desde una perspectiva nematológica, en la mentalidad de las clases dirigentes —e incluso de aquellos que aspiran a serlo, aunque se muevan sólo en el ámbito de la ensoñación— que buscarían, ahora, sus raíces democráticas en los procesos anteriores a la Revolución como un modo de apuntalar su prestigio social en el presente y ante futuras generaciones sobre las que, presumiblemente, podrían dejar su impronta. Esto es lo que ocurre cuando un socialista como Nicanor Rozada (citado por Bueno en *El mito de la derecha*, 2008:12) hace afirmaciones sobre lo que a su juicio define a un socialista; aseveraciones que se acercan mucho a las de un mártir de la iglesia militante. Pero tampoco le andaban a la zaga los anarquistas que en el *Boletín de la CNT* (8) (julio de 1932), decían a propósito de Casas Viejas (citado por Julián Casanova en *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España*, p. 75) “Al ser ellos quienes lanzaron el desafío contra el pueblo, ofreciendo, después de Casas Viejas, el banquete de anoche al trágico Azaña, pudieron decir, por boca de Prieto, parodiando las palabras de Cristo legendario la noche de la cena: Tomad y bebed; tomad y comed. Esta es la sangre; esta es la carne del pueblo español”.

No obstante, esta reversión nematológica tiene momentos mucho más objetivos que se hacen efectivos, por ejemplo, en el lenguaje del cómic. El cómic, genuino producto de masas, transmite sus emociones mediante códigos aristocráticos procedentes de la *Ilíada*, perfectamente atestiguados y reconocibles, incluso allí donde se nos intentaría transmitir una suerte de crítica de izquierdas a la derecha socialista franquista (*El mito de la derecha*, 2008:250-251), como parece ser la intención de Carlos Giménez en su trilogía *España Una, España Grande y España Libre*

(1976-1977), en *Paracuellos*, *Los cuentos del Tío Pablo* o la serie *Barrio*. Otro ejemplo ilustrativo procede de la lección del terminadoriano Constantin Volney en la que, poco después de la caída de Robespierre, echaba en cara a los jacobinos su regresión nematológica, ingenua, a los ideales aristocráticos griegos (citado por Luciano Canfora en *Ideología de los estudios clásicos*, 1991:22):

Nuestros antepasados juraban por Jerusalén y sobre la Biblia. Una nueva generación (los jacobinos) ha jurado por Esparta, Atenas y Titio Livio. Pero lo extraño de este tipo de religión es que sus apóstoles no tenían una idea muy clara de la doctrina que predicaban: los modelos que propusieron son exactamente lo contrario de sus enunciados y sus intenciones. Exaltaron la libertad de Grecia y Roma y se olvidaron de que en Esparta una aristocracia de treinta mil nobles tenía bajo su duro yugo a seiscientos mil siervos, y que para impedir el excesivo crecimiento demográfico de esta especie de negros, los negros espartanos iban por la noche a cazar ilotas cual si fuesen bestias feroces (...).

Alexis de Tocqueville, en su libro *La democracia en América*, intentó comprender el radical cambio de valores que se estaba produciendo en la sociedad francesa como consecuencia de la Revolución. Valores que, antaño, durante el Antiguo Régimen, sostenían y mantenían la trabazón o urdimbre política, gracias al vínculo entre el rey y sus súbditos. Lo que hacía que Tijón, el viejo ayuda de cámara del príncipe Nikolai Andréievich Bolkonski (en *La guerra y la paz*), fuera siervo de su señor, sumiso y servicial, era un *ethos*, una costumbre secular arraigada, asociada a unos valores sociales y políticos que no era necesario recordarle. Ahora esos vínculos, políticos y domésticos, han vuelto —en realidad, nunca se han ido— como vínculos pseudodemocráticos que garantizan la vinculación al poder. Sirven para distribuir puestos orgánicos, en el seno de los partidos, y políticos, en las listas electorales y en los puestos de libre designación, una vez se ganan las elecciones. El socialismo y el comunismo, además de falsificar la historia allá por donde pasaron, dejaron siempre en el aire la razón de por qué el pueblo (al que

asimilaban, por completo, a la clase trabajadora), debía de aceptar los órganos de poder que estaban en manos de una clase dirigente privilegiada. Sin embargo, ellos, los dirigentes, sí tenían la respuesta: el jacobinismo.

En la democracia actual, según la Ley Orgánica de Partidos Políticos (6/2002, de 27 de junio), los partidos políticos son entidades privadas, que se han de entender como franquicias de la voluntad popular. Sus valores, los que mueven su engranaje interno, no tienen por qué ser democráticos, aunque lo deban parecer; y tampoco es una condición que se les exija para cumplir su función. Esta paradoja la resalta el profesor Bueno en su libro *El mito de la derecha* (2008:293). Hay unos hilos invisibles (plateados o áureos) que, previos a los procesos de elección democráticos, actúan aristocráticamente, siguiendo las pautas del Antiguo Régimen. Podemos comprobar su existencia en la entrevista comentada que *El País* (domingo, 25 de julio de 2010) hizo al Presidente del Gobierno, Rodríguez Zapatero. Allí, contra todo pronóstico, se muestra su tremenda mediocridad política, sustentada por un aparato de partido que ha roto con la “supuesta” estructura democrática anterior, tal y como denuncia Juan Carlos Rodríguez Ibarra, y que le ha convertido en un *primus inter pares*, al que sólo empiezan a llegarle elogios superficiales y de compromiso.

Parte de la perplejidad de Tocqueville queda explicada al comprobarse que los valores que cimentaban la nación política aristocrática siguieron funcionando, pero no ya en los procesos plebiscitarios de legitimación democráticos sino en los previos de legitimación de pseudoclasas políticas: familias políticas en el seno de un partido y árboles genealógico-familiares, familias *sensu estricto*, adscritas secularmente a la actividad política, como los Bush, los Clinton o los Kennedy.

EL PROBLEMA DE PARTIDA: ¿TIENE LA IZQUIERDA VALORES?

La universidad intenta reemplazar a la vida y utiliza para ello, la educación, la historia y el pasado, la economía, a la mu-

jer y sus debilidades estructurales e históricas. Todo vale con tal de conformar al ciudadano a un modo de entender el poder que permita a la clase dirigente, al aparato del partido en el poder, mantener su *status quo*. En este punto, la Fundación Ideas del Partido Socialista, actúa como fuerza aglutinante, y meramente coyuntural, de las propuestas del partido para cada una de las campañas electorales a las que se presenta; como es obvio, todo este dispendio intelectual sólo tiene fines a muy corto plazo: proporcionar a los gobiernos socialistas de turno las ideas directrices sobre las que pivotará la política de cada ministerio. Por lo que sabemos y se comprueba, el eje central que las dinamiza, a todas, es el llamado gasto social sin control, como emblema de la izquierda, y la ampliación de derechos de todo tipo sin el suficiente acompañamiento presupuestario. No es necesario ser muy sabio para darse cuenta que todo ello aleja a los responsables políticos de la prudencia y del sentido común necesarios para administrar los bienes del Estado, hoy cada vez más escasos.

Muchos departamentos universitarios, vicarios de este compromiso social, se amoldan a las directrices ideológicas, de forma natural, es decir, tratan de hacerse valer, con la ayuda del prestigio abstracto de la academia, en el campo de la propaganda política. A cambio, reciben subvenciones y otros espaldarazos a sus respectivas carreras políticas y/o universitarias. Al respecto, hace unos meses, hubo una polémica a propósito de una información del ABC sobre las suculentas subvenciones que el departamento de Bibiana Aído daba para estudios feministas. La catedrática asturiana de la UNED, Amelia Valcárcel, por ofendida y mencionada, escribió un pliego de descargo en Cartas al director. Al final, el desencuentro informativo se saldó con cordialidad, con una tercera en el ABC de doña Amelia sobre el velo musulmán. A mayores, la educación secundaria y el bachiller recogen, en sus currículos, la ética difusa de una entelequia llamada "ciudadano socialista" que hoy por hoy puede definirse como: partidario de las ONGs, ecologista y defensor a ultranza de las energías alternativas (solar, biomasa...), federalista-nacionalista, feminista, amigo del Islam, parti-

dario de la permisividad total en el ámbito de la sexualidad y ateo. Es decir, se forma a los alumnos según las líneas que vertebran los folletos de la propaganda electoral. Esta economía de medios trata de garantizar un pre-electorado, en la ESO, que sepa y pueda leer sin dificultad la propaganda socialista de aquellas elecciones en las que, alcanzada la mayoría de edad, a los alumnos ya les sería posible votar el único modelo aprendido y reconocible para ellos. La reforma educativa promovida por el ministro del ramo, a finales de los años 80, José María Maravall (fue ministro de Educación entre los años 82 y 88), tenía claramente este objetivo.

El socialismo se ha convertido en una mera máscara de los intereses de una nueva clase ociosa que ocupa todos los puestos de relevancia en el Estado y en las Comunidades Autónomas en las que gobierna. En Asturias, por ejemplo, se ha constituido una clase media funcionarial —tras más de una década de gobierno socialista—, entre los puestos medio-altos (asesores y puestos de libre designación) de la administración autonómica, que ha conseguido su estatus privilegiado, tras varias legislaturas, con cargo exclusivo a los presupuestos del Principado de Asturias. Clases económicamente ociosas que actúan como una suerte de *pins* para perpetuar, sin gasto intelectual alguno, las siglas comerciales PSOE.

La clase obrera, el trabajador, debería saber que hace mucho que ha quedado exenta de pagar un tributo obligado a sus pretendidas nodrizas, la izquierda comunista o la socialdemocracia socialista. De hecho, no es que lo sepa, es que parece actuar en consecuencia con su efectivo desclasamiento. Según Benjamín García Sanz, catedrático de sociología de la Universidad Complutense de Madrid (“Los pobres también son de derechas”, La Gaceta, sábado 3 de julio de 2010) —conforme a los datos que proporcionan el último barómetro del CIS— no son los que se consideran clase trabajadora los que más votan al PSOE ni a IU/ICV, al contrario, el 49% de quienes dan su voto al PSOE son de clase alta y media, frente al 32,8% de obreros cualificados y el 18,3% de obreros sin cualificar. Sorprende, dice el autor del artículo, que el perfil socioeconómico de los votantes de

IU/ICV se parezca mucho a los votantes del PP: el 56,3% son de clase alta y media, el 29,6% son obreros cualificados y el 14,1%, obreros sin cualificar. El mito de la clase obrera ha calado mucho más hondo en el burgués, su clase antagónica, su *enemigo* natural. A este extremo ridículo ha llegado el mito de la conciencia de clase.

Los valores se sopesan sobre un substrato corpóreo. Si no hay hombres de carne y hueso tras ellos, no hay, en puridad, valor alguno que sustentar o defender. El problema estriba en determinar quiénes son los sujetos susceptibles de derechos y obligaciones, más allá del consabido “todos los hombres son iguales ante la ley”. En *Animal Farm*, George Orwell apostilló a esta declaración universal de derechos: “*All the animals are equal but some of them are more equal than others*” (*Todos los animales son iguales pero algunos de ellos son mas iguales que otros*). Doña Amelia hizo lo propio demostrando las excepciones que pueden darse a esta máxima. Cuando en El País, con motivo del nacimiento de la Infanta Leonor (lo que motivó una reflexión política sobre el artículo 57.1 de la Constitución sobre la sucesión en la Corona), se le preguntó por el derecho de sucesión de la mujer al trono —aun no había sido nombrada miembro del Consejo de Estado—, apuntó que la igualdad entre hombres y mujeres debía prevalecer también en el caso de la sucesión al trono del Reino de España. Pero tuvo un olvido, comprensible, por otro lado. No nos recordó que la Infanta, aun todavía en el vientre de su madre, Doña Leticia, como hembra, iba camino de poseer más derechos adquiridos y privilegios que otras hembras aun no nacidas. En realidad, la falacia naturalista de Moore que viene a decir que el bien es indefinible, sortea la imposibilidad de determinar su esencia mediante la posibilidad de establecer las excepciones que delimitan, negativamente —*via remotionis*—, lo que es un bien y un derecho adquirido o por adquirir. El método crítico que guía el juicio sobre los valores que se consideran democráticos se ejerce, paradójicamente, desde posiciones aristocráticas. Dice, al respecto, Tocqueville (*El Antiguo Régimen y la Revolución*, sigo la traducción de Jorge Ferreiro en FCE, 1996:228):

(...) sería un grave error creer que el Antiguo Régimen fue una época de servidumbre y dependencia. Reinaba mucha más libertad que en nuestros días; pero era una especie de libertad irregular e intermitente, siempre concentrada dentro del límite de las clases, siempre unida a la idea de excepción y de privilegio, que casi permitía desafiar tanto a la ley como a lo arbitrario y que casi nunca llegaba al extremo de brindar a todos los ciudadanos las garantías más naturales y más necesarias.

En el caso de la izquierda, ocurre que el sustrato social que la sustenta es variopinto y totalmente extraño al marxismo decimonónico. La conciencia de clase ha sido sustituida por clases de conciencia disjuntas y disgregadas como el nacionalismo, el federalismo, el feminismo, el islamismo, la homofilia o la propaganda política introducida en el curriculum educativo (Educación para la Ciudadanía de 2º de la ESO, Educación Ética Cívica de 4º de la Eso y Filosofía y Ciudadanía en 1º de Bachiller) con una extensión insensata de derechos a los menores de edad: capacidad para abortar de las niñas con 16 años, sin necesidad del permiso de sus padres, o el derecho a la huelga de los alumnos de la ESO que en ningún momento de su corta vida han tenido que ponerse a trabajar para mantenerse o para dar de comer a una familia.

Ante una situación tan peculiar, la dialéctica —que parecía ser un signo de distinción, exclusivo de los intelectuales de izquierdas— sucumbe también a la falta de vigor de nuestro tiempo y es sustituida, en algunos, por el *ijtihad* islámico que consiste en el esfuerzo personal para interpretar el Corán. Por extensión, con el cruce de la teoría crítica de Adorno y Benjamín, el *ijtihad* se convierte en una suerte de mayeysis posmoderna, que, en Estado Unidos, suele asociarse con la izquierda, y que le sirve a *Susan Buck-Morss*, en su libro *Pensar tras el terror. El islamismo y la teoría crítica entre la izquierda* (2010), para reafirmar los nuevos valores intelectuales de la izquierda planetaria, en connivencia con el Islam.

Es casi imposible que nadie, por muy hábil que sea, pueda articular, en conexión mutua, toda esta retahíla de incongruencias en un único sistema de valores coherentes. Lo “diverso” no es, por principio, un valor en sí mismo, por lo que la unión de todas las clases disjuntas y fragmentadas que sostienen el discurso posmoderno del autoproclamado progresismo, difícilmente podrá conducirnos a una serena y fructífera categorización del ser humano y de su contrapartida política, el ciudadano democrático. El reconocimiento de la diversidad no conduce a la emancipación de las clases disjuntas, dado que, por su naturaleza, son grupos desunidos bajo una apariencia emancipadora, de corte mítico. El sujeto revolucionario nunca existió, salvo como bruma ideológica que condensaba todas sus fuerzas en la *canalla* que, como la de París, cortó las cabezas que había que cortar para gloria de la revolución burguesa.

Hablando de partidos, además, hemos de dar por sentado que el análisis crítico, sincero y sin cortapisas, estará ausente por completo en el seno del PSOE, que se debe, antes de nada, al pragmatismo electoral y al proselitismo. Jesús Trillo-Figueroa, en su libro *La ideología invisible. El pensamiento de la nueva izquierda radical*, explica con detalle, con ejemplos y citas abundantes, este jardín confuso y disonante que constituye la mal llamada ideología progresista.

EL “PROGRESISMO” COYUNTURAL COMO ESENCIA EVANESCENTE Y SU CONVERSIÓN PRAGMÁTICA EN “REFORMISMO”

El núcleo esencial de la autoconsiderada izquierda socialista, y de la izquierda en general, podría entenderse que va cristalizando en torno a una serie de supuestos ideológicos que citaré en breve. Ahora bien, la cristalización ideológica en torno a estos nudos esenciales no supone una cristalización mayor, capaz de generar una esencia, como ocurre con los cristales de hielo que van creciendo de tamaño, por agregación de otros cristales, hasta formar grandes copos. Para seguir con la analogía, el copo resultante, cristalizado a partir de estos supuestos,

sería una estructura nematológica, capaz de estructurar la vida política de un país y de generar leyes, pero sin capacidad alguna para constituir fines, prolepsis sociales, más allá de la praxis puramente coyuntural (*supuesto* 4). De ahí que se pueda hablar de una ideología *abscondita*, escondida, por ser eternamente buscada y nunca hallada, pero que en el camino hace amigos y enemigos, toma fondas y viandas, propiciando gasto, de modo que todo ello le hace ser algo sin que nada haya de valía en sus fueros internos. Tendrá así una historia que contar, la de un grupo de camaradas que marcan sobre el mapa su viaje errabundo y planetario a ninguna parte. Cuando el progresismo desfallece, entonces se reforma; y cuando la reforma se topa con las penurias del camino y sus propias miserias, entonces se vuelve progresista. Y entre una cosa y otra, consigue ir llegando a este lugar, a este otro, mendigando unas veces y, otras, dando dádivas y señuelos con trazas de utopía. Añádase a esto su simplicidad dogmática cuya historia resumida cuenta Pío Moa en su libro *El derrumbe de la Segunda República y la Guerra Civil* (2009:126-129). Si no fuera por las consecuencias tan desastrosas que tuvo el socialismo de Prieto y Largo Caballero para España, el cuento en el que creían produciría hilaridad y, al tiempo, una fascinación morbosa por ver cómo hombres y mujeres, hechos y derechos, creían a ciegas las patrañas escatológicas del marxismo de las que sus jefes de filas decían que eran el motor de sus voluntades.

Sean estos los núcleos de cristalización del socialismo realmente existente:

1. Su juego ideológico queda bien explicado por el recurso continuado que hace de la sinécdoque que consiste en tomar la parte por el todo (sinécdoque particularizante) o en aplicar la cualidad del todo a una de las partes (sinécdoque generalizante). En una sinécdoque particularizante (Sp) una parte se hace con el todo como cuando se dice “vela” por “barco”. Una sinécdoque generalizante (Sg) sería aquella en la que el todo asume la función de la parte, por ejemplo cuando “hombre” susti-

tuye a “mano” en “el hombre cogió el puñal”. El socialismo pregresista, por ejemplo, impone al feto (un ser biológicamente dependiente del cuerpo de la madre) la disciplina ideológica de una minoría social que considera a la interrupción del embarazo un derecho de la mujer, consustancial a su libertad como ser humano, independiente de ataduras masculinas. Una minoría, constituida por el feminismo militante, una parte ínfima de nuestra sociedad, logra imponer al todo, a la nación española, un derecho que coloca en el mismo rango de los derechos naturales, obligando —por imposición formal—, además, a la mayoría, que no lo considera tal, a que vele por él. No parece esto, precisamente, un triunfo del diálogo sino más bien del dialogismo o diálogo con uno mismo. Sin embargo, este proceso ideológico, propiciado por la sinécdoque, que fractura el genuino circuito dialéctico, es el fundamento del progresismo. La Ley del Aborto introduce de rondón, entre los derechos naturales, uno que conculca la propia esencia que los define, no atiende a consideraciones médicas que advierten de los serios problemas que plantea el aborto para la mujer y simplifica la relación biológica entre la madre y el feto. Respecto a las dos últimas consideraciones son de interés, para la perspectiva médica, el artículo del doctor José Luís Fernández Cabaleiro, ginecólogo y doctor en medicina, “Una aberración biológica” (La Nueva España, 10 de julio de 2010); para una visión humana que, al tiempo, pone en solfa al progresismo socialista, sigue siendo una lectura obligada la tercera de ABC escrita por Miguel Delibes en contra del aborto (“Aborto libre y progresismo”, domingo, 14-03-2010).

2. La apelación continua a la masa obrera o a los pobres de este mundo para los que despliega una vocación salvadora en el ámbito exclusivo de la ideología laica. La administración laica de esta Gracia reivindicativa in-

tenta, en realidad, romper el cerco teologal de la caridad cristiana como fuerza motora genuina de compromiso con los verdaderos pobres que se encuentran completamente descatalogados del discurso socialista, salvo para fines propagandísticos.

- 2.1. Transforma la masa obrera y a los desdichados en un ente de razón trasnacional en litigio y competencia con la comunidad de fieles de una Iglesia con vocación de salvación. En este punto se puede hablar de socialismo planetario cuyo ejemplo más reciente es la inoperante Alianza de Civilizaciones. De ahí frases como “*Nosotros, la multitud diversa de la humanidad*” o “*¿Cómo escribir para un público global que todavía no existe? Nosotros, la multitud que podría convertirse en ese público (...)*” de Susan Buck-Morss (2010:61).
- 2.2. Se arroga la voluntad de todos, identificándola, se quiere o no, con la propia. Esto ha permitido al tripartito, en Cataluña, la inmersión lingüística de las capas sociales más desprotegidas, a pesar de que su idioma vehicular es el español. El origen de esta actitud son los resabios estalinistas del PSC y sus socios de gobierno, ERC e ICV, que a golpe de decreto intentan imponer una idea delirante de nación. Esta capacidad para administrar voluntades ajenas, sin un ápice de sonrojo, les permite hablar en nombre de una inmensa mayoría a la que no representan en absoluto, tomando, así, la parte minoritaria (ellos) por el todo (el conjunto de la sociedad). Los diarios catalanes, con una editorial conjunta a favor del Estatuto, ejercieron una sinécdoque particularizante en la que una parte, los “nacionalistas” (minoritarios), se hace con el todo, el “pueblo catalán” (el conjunto de la voluntad popular que constituye la Autonomía de Cataluña y cuya suma aritmética es mucho mayor que la del número de nacionalistas y frentistas juntos). Pero en Cataluña los que, por alguna razón que se me escapa, se

creen intelectuales hacen suyo la francachela marxista que dice —son palabras de Susan Buck-Morss, izquierdista burguesa—:

Como intelectuales críticos, nuestro rol en este momento es rechazar ser intimidados por la así llamada mayoría, pensar y escribir tan llenos de verdad como podamos en múltiples formas, contra el hilo de las fuerzas que ahora dirigen la corriente de la historia. Tenemos ese privilegio y esa responsabilidad como consecuencia de la división del trabajo en la sociedad.

De nuevo la izquierda muestra sus valores de partida: salvar al que no quiere ser salvado porque, a su juicio, no ha cometido pecado alguno. Para lograrlo apelan a la división del trabajo, entre mecánico e intelectual, que legitima a estos monaguillos de la izquierda a convertirse en una clase ociosa libre pensante, por mor del tiempo libre, bien pagado, del que disfrutan. El excedente dinerario que financia sus delirios los convierte en unos aristócratas con una disposición casi ilimitada de tiempo libre, *eskholé* —viajes en avión a casi cualquier parte del mundo, para encontrarse con otros congéneres, dinero para publicaciones, años sabáticos, financiación editorial, etc., como el que disfrutaban los nobles atenienses (los *kaloí kai agathoí*, “buenos y hermosos”), y el propio Sócrates, frente al *demos*, al pueblo, a la muchedumbre, a los *kakoí*, los malos, los cacos y excrementales, que parecen necesitar más de la gracia intelectual que de la pneumática paulina para ser salvados.

Un triste ejemplo, de lo consignado en este punto, es la reciente abolición, por el tripartito catalán, de las corridas de toros. Usan los mecanismos democráticos para imponer leyes de naturaleza no democrática que sólo

tienen por objeto construir formalmente un estado catalán, cuya existencia se encuentra sólo en sus cabezas delirantes. Lo han hecho, además, a costa de una tradición cultural muy arraigada en la población, lo que supone un error de juicio clamoroso y un cambio de rumbo muy marcado del nacional socialismo representado por el PSC y sus socios de gobierno. Mucha es la razón que le asiste al profesor Bueno cuando, ya al final de su libro *El mito de la derecha*, advierte que una democracia no puede aceptar en su seno partidos nacionalistas que tienen por único objetivo la secesión, con menosprecio y perjuicio para la idea de España y de su unidad como nación. La “geometría variable” de Zapatero es un peligroso juego, pseudo-democrático, que coloca la soberanía de España en manos de quienes claramente quieren destruirla.

- 2.3. Ante la imposibilidad de mantener un humus electoral estable, que pueda identificarse con la clase obrera, que sería lo natural, se inventa nuevas alianzas que den sentido al cascaron vacío en que se ha quedado la “conciencia de clase”. Entre los candidatos se encuentran todos los procesos políticos y sociales de autoidentificación (nacionalismos, autoafirmación de género, inclusión de etnias marginales, discriminación positiva). Como un ejemplo, tendríamos la recuperación y asimilación política de aquellos que profesan el Islam en Europa, iberoamérica (en concreto, la Venezuela de Hugo Chávez), Estados Unidos y Canadá. Esto explica que el diario *El País* (domingo, 4-7-2010) reivindique, como lenguas autonómicas el *dariya* (árabe dialectal marroquí) para Ceuta y el *tamazig* (la lengua de los bereberes del norte de África) para Melilla o que, en su momento, se haya sumado a la campaña contra Suiza por negarse este país, democráticamente, a construir mezquitas con minaretes que rompan con el *skyline* de la nación helvética. A los bien pensantes se les ha ocu-

rrido que, para dignificar ambas lenguas, el objetivo sería convertirlas en cooficiales con el español. Además, como “los niños rifeños no saben nada de su historia” sería conveniente explicársela. Que empiecen, pues, por los levantamientos de El Raisuni, en Yebala, y Abdelkrim, en el Rif y, en última instancia, que se remitan también a nuestros históricos desencuentros con Marruecos. Sin duda que el país vecino verá toda este ajetreo didáctico con muy buenos ojos. José Luis Navazo, en un artículo publicado en La Nueva España (miércoles, 18 de agosto de 2010) sobre la estrategia marroquí en la frontera sur de Europa, explica muy bien qué podemos esperar de Marruecos: una guerra encubierta. El diario El País, en este asunto, actúa como una quinta columna, muy disciplinada, al servicio del régimen alauita y del islamismo retrógrado.

El nacionalismo egoísta e insolidario de vascos y catalanes se ha convertido en clave para la geometría variable del Gobierno, en el Congreso y Senado, donde logra sacar adelante todos sus proyectos de ley con la inestimable venalidad de los partidos nacionalistas. Se venden, sin sonrojo, al mejor postor, a cambio de hacerse visibles para sus electores y a cambio de contrapartidas nada desdeñables que permiten a sus dirigentes mantenerse como clase política hegemónica, y diría que aristocrática, en sus respectivos feudos. No hay nada de noble en lo que hacen, y hay mucho de mezquindad en lo que piensan; viven de su propia miseria espiritual —con la inestimable ayuda de una serie de privilegios fiscales, en el caso vasco— que alimentan con la sublimación del idioma, un pasado mítico, un derecho a no sentirse españoles, avalado por Rodríguez Zapatero, y un desasosegante victimismo que les hace estar en continua procesión reivindicativa. A los vascos y catalanes nacionalistas —y sobre manera a aquella porción de la burguesía lacaya de ETA—, la progresía ilustrada del PSOE debería de aplicarles el

artículo X, de los Decretos de Agosto del revolucionario 1789 francés, que dice:

...todos los privilegios especiales de las provincias, principalidades, condados, cantones, ciudades y comunidades de habitantes, ya sean financieros o de cualquier otro tipo, quedan abolidos sin indemnizaciones, y serán absorbidos dentro de los derechos comunes de todos los franceses.

3. Suelen apelar, cuando las cosas vienen muy mal dadas, como ocurre en la actualidad, a la disciplina de partido. Este espíritu de grupo de salvación —usando la terminología de Bueno para el Jardín de Epicuro— fue resumido por el ex presidente del gobierno Felipe González, cuando, en el Congreso de los Diputados, en un acto conmemorativo de PSOE, les dijo, “ante las dificultades, ¡militancia, pura y dura!”. En efecto, para pensar ya está él, y para penar, el resto de los españoles. Pero viniendo de Felipe González esta actitud es muy natural porque fue la que le salvó de la quema monumental a la que iba avocado por causa del terrorismo de los GAL. La lealtad y el deber, entendidos como valores aristocráticos —adquiridos por contagio con las dos únicas instituciones que los portaban, la Guardia Civil y el Ejército—, fueron los que evitaron que la responsabilidad sobre el terrorismo de Estado alcanzara al presidente del Gobierno y no traspasara la frontera de los subalternos que pagaron con prisión su fidelidad al jefe.
4. Propone una ideología erránea o vagabunda. Este supuesto tiene mucho que ver con el progresismo socialista que lleva en *continuo avance* desde los años setenta. Se trata de un progreso efectivo pero coyuntural. Efectivo, en la medida en que se efectúa cada cuatro años, coincidiendo con las elecciones municipales, au-

tonómicas y generales; coyuntural, porque su programa electoral no tiene carácter teleológico, es decir, carece de una praxis fiable que permita asegurar que con ella se alcanzará la plenitud social del ciudadano; en su lugar proponen una teleología circunstancial y a muy corto plazo, en conformidad con los mensajes más proclives a ser votados. Las rectificaciones se realizan siempre sobre esencias evanescentes. En realidad, la idea de progreso, aplicada a las ideologías, es un sin sentido o un concepto vacío. No es posible vincular lo racional y lo histórico con la idea de progreso porque no es posible determinar de antemano, y menos si esa actividad proléptica viene pergeñada en un programa electoral, si los medios previstos lo son realmente de los fines ideológicos que se pretenden. Ni siquiera Tocqueville se atrevió a calificar la revolución, que conduce del principio aristocrático al principio democrático, bajo la noción de progreso: de antemano, no era posible determinar si con ella se liberaba a los hombres de sus lazos de dependencia. Con el único fin de vislumbrar a donde conducía la Revolución, tomó la sagaz decisión de estudiar el sistema de Gobierno americano que, creyó, podría iluminar prolépticamente lo que llegaría a ser su país de seguir el camino del reformismo democrático. Fruto de esa comezón fue su magnífico libro *La democracia en América*.

- 4.1. El progresismo coyuntural se apoya sobre una falsificación sistemática de la historia de España y para ello propone una Ley de la Memoria Histórica que es hechura para unos y olvido de otros. Es el único modo que tiene el socialismo de construir una historia autista que no dependa de situaciones tan calamitosas como la actual crisis económica que atraviesa nuestro país y que ha cercenado uno de los pilares de socialismo español: el dispendio del mal llamado gasto social. El mito histórico que pretende vertebrar se basa en la

idea de una República que los republicanos izquierdistas de Manuel Azaña nunca identificaron con un proceso democrático sino, como dice Payne (*¿Por qué la República perdió la guerra?*, 2010:23), con un proyecto de reforma radical que pretendía culminar en el socialismo y que, entre tanto, tendría como objetivo más importante, e inmediato, la exclusión permanente de los intereses católicos y conservadores en el Gobierno.

La Ley de la Memoria Histórica es de natural mezquina. Que nadie se engañe sobre su motivación: trata de identificar a la derecha con el fascismo, creando una tensión ideológica, en el seno de la sociedad y en los medios de comunicación, que supla la falta de coherencia doctrinal del propio partido socialista. Pero este intento del socialismo viene de lejos. En 1934, el PSOE acusaba de “fascistas” a la CEDA, y no eran otros que ellos, los socialistas, los que ejercían violencia sobre ella, tratando de negarle sus derechos políticos legítimos. Como señalaba el veterano socialista Julián Besteiro (Payne, 2010:34) el PSOE tenía más características de una organización fascista que la propia CEDA a la que acusaban de tal.

Por de pronto, la malevolencia ideológica del Gobierno, apoyado por historiadores de izquierdas que vindican su verdad, como la única, producirá, con seguridad, una revisión de sus tesis y un ajuste severo de la parte de la historia de España que cuentan y de la que sólo bosquejan para silenciarla después. Un buen ejemplo de lo que digo es el libro de Stanley G. Payne *¿Por qué la República perdió la Guerra?*, cuya lectura recomiendo a quien quiera deshacer el dogma de la “democracia republicana”, bajo el régimen del Frente Popular, que no es sino una ficción ideológica, conocida como “el gran camuflaje”, vindicada hoy, hasta la saciedad, por el gobierno de Rodríguez Zapatero.

- 4.2. Apela de continuo a la utopía: un estado final de suprema igualdad, aunque nunca deja claro en qué consiste esa igualdad y tampoco explica qué sucedería con aquellos individuos que no aceptaran sus parámetros escatológicos, es decir, con aquellos que se sienten desvinculados de la igualdad que propugnan y que no desean verse nivelados por ella.
- La adecuada y equilibrada repartición de las cargas fiscales determina el grado de satisfacción social de todos los que tienen puestas sus expectativas en su trabajo y en los frutos del mismo. En tanto la estructura del Estado no entorpezca esta dinámica, toda utopía socialista irá a cargo de los presupuestos generales del Estado, — generados, en buena parte, por las cargas fiscales sobre todo el tejido productivo— y será soportada por una inmensa mayoría de ciudadanos que sólo ven en las ideologías utópicas una nueva estrategia electoral para acceder al poder y para poner en bretes a la oposición. Las utopías socialistas son coyunturales y huidizas; aparecen por necesidades del marketing electoral y no responden a ningún desequilibrio social en la distribución de las rentas del trabajo y de la producción como el manifestado por el tercer estado, en 1789, en sus *cahiers* de la *canalla* urbana, los *cahiers de doléances* rurales, los *cahiers* de mujeres (el de las floristas parisinas y las de las mujeres del País de Caux) o los de los artesanos. Ahora estos cuadernos reivindicativos se sustituyen por proclamas y panfletos de intelectuales ociosos, adscritos al poder o allegados al mismo.
5. Genera de forma continua y desmedida derechos y ayudas imposibles de ser vividos con plenitud en el seno de la sociedad, o bien porque no están acompañados del dinero necesario para hacerse efectivos, caso de la Ley de Dependencia o de las diferentes leyes educativas (LOGSE, LOCE, LODE), o bien por una ausencia de juicio antropológico al desestimar un cálculo pru-

dente que dice que la sola presencia formal de la ley no imposibilitará nunca la comisión del delito, como ocurre, por desgracia, en el caso de la violencia de género. Una situación tan triste, y, al tiempo tan mediática, es aprovechada por el Ayuntamiento socialista de Vigo, apoyado por el frentista BNG, para colocar un medidor digital, de color rosa, en la calle Príncipe con las muertes —se supone que en tiempo cuasi real— que se van produciendo por violencia de género.

Este es uno de los puntos cruciales de los reformistas del PSOE que creen que basta con cambiar las leyes para que las democracias constitucionales alcancen un mayor grado de libertad y de justicia. A esto habrá de añadirse una Justicia mal dotada en lo económico y con escasos recursos materiales, prácticamente decimonónicos, lo que, a corto plazo, propicia su saturación y, como consecuencia inevitable, su inoperancia. Lo mismo hizo el príncipe Pierre, en *La guerra y la paz* de Tolstoi (Libro segundo, parte segunda, cap. X), que, por haberse convertido a la masonería, dio orden de que se rompieran formalmente los lazos de servidumbre en sus dominios. Con esto consiguió lo contrario de lo que buscaba, sin que nadie llegara a advertírselo: aumentaron las cargas del campesinado que se vio sometido a las antiguas, que no pudo abandonar, con la añadidura de los nuevos trabajos, puramente postizos e ineficaces, que suponían las nuevas pretendidas conquistas sociales.

6. Se arroga la función educadora de la familia. Esto explica, por ejemplo, que la ministra Bibiana Aído en una jornada del PSC, bajo el lema “Feminizando el PSC. Feminizando Cataluña” haya agradecido a Marina Geli, la consejera de Salud de la Generalitat, su trabajo, al tiempo que la defendía “frente a la intolerancia y la falta de respeto”, apuntando seguramente y de modo directo contra La Gaceta e Intereconomía. Pero

sucede que la consejera catalana avala un videoclip titulado *Sugar baby love*, en el que un maromo tallado y con bigote sodomiza a un adolescente con naturalidad pasmosa; sin embargo, El País, que tan a punto está para sacar noticias sobre pederastia en el seno de la Iglesia, de esto no se hizo eco. Para qué la familia si, en su lugar, contamos con el Mi(ni)sterio de la Igualdad y las Consejerías socialistas de la Sa-lubricidad. Salúbri-co sería, por ejemplo, uno de esos nuevos conceptos que suelen aparecen en el horizonte del progresismo coyuntural para dar nombre a lo antiguo, a saber, el Ministerio de Sanidad y Consumo.

Ya apunté, al inicio, lo que ocurre con la educación. Se prepara al alumnado de la ESO para que, gracias a las asignaturas de Filosofía, se le convierta, ideológicamente, en un receptáculo, pasivo, de la propaganda electoral del partido socialista, que logrará, así, un arraigo natural en su imaginario. De este modo, cúmplase la labor hegemónica del partido y de la izquierda progresista, propiciada por sus intelectuales orgánicos y sus lacayos, los pedagogos. La idea de *hegemonía* procede de Gramsci. Sirve, en este autor comunista, para caracterizar la colonización ideológica, por parte del poder de todas las esferas sociales y políticas que se vuelven esferas de dominación. Propicia una contrarréplica reaccionaria, de izquierdas, aunque, lógicamente, también hegemónica que el socialismo logra articular por medio de los núcleos de cristalización que nos ocupan en este epígrafe.

7. Un desprecio mayúsculo por los intelectuales que no sean intelectuales orgánicos y que no tengan el currículum de un Ludolfo Paramio o de una Victoria Camps o de una Adela Cortina que, en lo esencial, consiste —en el caso del primero— en conocer la Historia del Socialismo español y europeo, y, en el perfil de las segundas, mostrar una ética neblinosa y univer-

salista, dialógica, más propia de un discurso de paso en el foro de las Naciones Unidas. Un desprecio público y sin tapujos que se muestra en el odio irracional y visceral, de la izquierda “espectral”, por la Filosofía crítica de Gustavo Bueno y por todo aquello que tiene que ver con su Fundación en Oviedo. De ahí el artículo, de tan pocos vuelos y escaso recorrido, de la revista asturiana *atlántica XII*, en su número de julio. La mezquindad de las afirmaciones que vierte en “El mito de Gustavo Bueno” se resume en una suerte de escandallo económico y biográfico de la Fundación y del propio profesor. Olvida, porque no sabe o no quiere saber, el trabajo que muchas personas llevan a cabo en diferentes partes de España y de Iberoamérica bajo la influencia e inspiración de la obra de Gustavo Bueno. Por ejemplo, en la Universidad de Vigo, bajo el auspicio de Jesús G. Maestro, profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, el materialismo filosófico se está introduciendo en la Teoría de la Literatura de Universidades tanto españolas como extranjeras, repartidas por Iberoamérica, Canadá, Estados Unidos, Europa e Israel. Tampoco parece advertir que la única revista, digital, que, en la actualidad, está abierta a todo tipo de debates, es El Catoblepas, sin que exista un foro, en lengua española, de similares características. Se trata, además, de una revista gestionada a coste mínimo, en lo técnico y en lo humano, sin subvención alguna, muy al contrario de otras que bajo el epígrafe “promoción del libro y publicaciones culturales” han recibido del Gobierno suculentas subvenciones. Así por ejemplo, el laboratorio de ideas del ex vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, recibe 6.330 euros para la publicación semestral *Cuadernos de Alzate* y otros 23.800 que se destinan a la revista trimestral *Letra Internacional*; la revista *Sistema*, obtiene 50.000 euros y *Principios*, de periodicidad semestral, acapara 8.100, todas ellas en la órbita del socialismo; entre las edito-

riales destaca Akal, con 24.300 euros, una editorial que publicó uno de los primeros libros de Filosofía y Ciudadanía, en el que ensalzaba a Hugo Chávez como la esperanza de la izquierda y como el salvaguardia genuino del marxismo redentor.

Todos estos puntos se enmarcan en la ideología del progresismo socialista que es la manera contemporánea de llamar al despotismo ilustrado, cuyo ideario hipócrita iba a ser desmantelado programáticamente por Gustavo Bueno en las *Diez propuestas para el próximo milenio*, del año 1995. A la revista *atlántica*, tan de izquierdas, seguramente le ayudaría el reflexionar seriamente, y sin tanta mojigatería, sobre ellas.

La izquierda hace tiempo que se volvió ilustrada, en lo intelectual, con el barniz burgués de la teoría crítica y, luego, con la deconstrucción estructuralista de Derrida, para acabar en la hermenéutica de Gadamer y en la acción comunicativa de Habermas. Ahora lo que está de moda es la filosofía líquida, acuática, —o delicuescente, que se mueve entre la filosofía Tales y las aventuras de Acuaman— de Zygmunt Bauman. Todos ellos son el fruto tardío del fracaso del mal llamado intelectual de izquierdas que será, ahora, sustituido por un *bricoleur*, al modo en como lo definió Levi-Strauss en *El pensamiento salvaje*: aquel que, con medios artesanales, confecciona un objeto material que será, al mismo tiempo, objeto de conocimiento. A esta habilidad técnica sumaron otra visual, la del viandante relajado y deambulatorio (el *flâneur*) capaz de volver universal lo que acontece en la calle, al faltarles el proletariado, en tanto que sujeto transformador de la historia y revolucionario por antonomasia.

Con la coartada de que los grandes discursos habían caído —era el caso de la filosofía hegeliana— alguno de nuestros profesores —estamos en los años 80— de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Oviedo, un tanto desencantados con su disciplina, preparaban su salto a la política, en el seno del partido socialista. Con el tiempo, esos mismos, auparon al propio Habermas, al premio Príncipe de Asturias de Comunicación y

Humanidades, cerrando así un bucle ideológico, muy interesante, que representaba un cierre ideológico o flotante que había comenzado en el Congreso de Suresnes (octubre de 1974, Francia), donde los socialistas, con Felipe González a la cabeza, empezaron a comprender la necesidad de desembarazarse del cartel de “marxistas”, con el fin de incorporar a sus filas y a su electorado a la clase media. El fin del marxismo en el PSOE se consumó en el congreso extraordinario que el partido celebró en 1979. De este modo, de la noche a la mañana, los socialistas europeos perdieron los referentes intelectuales de toda una tradición que les había sustentado ideológicamente. El efecto de este repudio pudo verse en los editoriales de los periódicos socialdemócratas, que empezaron a ser ideológicamente insustanciales, caso de la Repubblica o El País que tuvieron que hacerse con un nuevo lenguaje, sin referente plausible, y nada proletario, para reivindicar, desde la *izquierda*, las soluciones a los males de este mundo. Antonio Gala, desde *El Independiente*, del 2 al 8 de septiembre de 1988, escribía al respecto (citado por Jesús Trillo-Figueroa, 2005:57):

A aquel marxismo inicial renunció nuestro socialismo en 1979. Ya no volvió a definirse en relación a él y desde entonces se produjo la inevitable defenestración de la ideología. Por ambición, adaptaciones y presiones se pasó a una tibia socialdemocracia, y luego a un tolerante liberalismo, y por fin a un funcionalismo aséptico, pragmático y cazarratones. (...) La primogenitura fue vendida por un plato de lentejas.

Entre tanto, otros profesores, caso de Santiago González Escudero —profesor de Filosofía Antigua en la Universidad de Oviedo que ejercía, sin saberlo ni deseárselo, de sabio y no de *bricoleur*— nos recomendaba la lectura de una obra de Paul Ricoeur, del año 1975, *La metáfora viva*, traducida al español en 1980, donde se reivindicaba el valor positivo de la metáfora como apertura radical al discurso especulativo, situándonos en el problema de la analogía, entendida como instrumento gno-

seológico (crítico) en el ámbito de la *polis* o ciudad. De este modo, iban cruzándose por avatares y fortunas los hilos de una filosofía que no encontraba, como otras, acomodo en la política del momento, es decir, que no era posible calificar de ninguna manera como postmoderna. La noetología de Gustavo Bueno, aparecía en su libro de 1970 *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (1970:153-198), en donde daba un novedoso giro a la dialéctica que rompía con el estructuralismo y el pensamiento débil que empezaba a surgir en Europa. Esta nueva dialéctica asumía el problema de la analogía —fundamento de la metáfora— planteado ya en el ámbito de la Universalidad Semántica, en su artículo, de 1955, *Las Estructuras Metafinitas*, en donde retomaba los orígenes tomistas de la analogía y, mucho antes, en la dialéctica aristotélica, para proyectarla en un *limes* (las Estructuras Metafinitas) que en su contorno tienen a cursos operatorios dispares, no necesariamente categoriales, y en el dintorno a la propia ciencia.

Frente a la retórica brillante y a la metáfora fácil de los profesores socialistas que cerraban el círculo en rededor del europeísmo de Habermas, se iba construyendo, en el entorno de Gustavo Bueno, una filosofía mucho más crítica —y mucho más amplia de la que he descrito— sin patronos ni ataduras políticas, que aun perdura. Aquellos que propiciaron el premio al autor de *Teoría de la acción comunicativa* o de *Teoría y praxis*, tras el paso por la política, de manos del socialismo, habían hecho sus tesis doctorales auspiciados por Gustavo Bueno y su materialismo filosófico, el mismo que hoy desprecian con toda la fuerza de su corazón. Con la ayuda ideológica de Foucault y su tesis del poder fracturado en micropoderes, proporcionaron el discurso que faltaba al partido socialista, una izquierda rota intelectualmente que empezó a aglutinar ideologías variadas bajo sus siglas: feminismo, nacionalismo, movimientos gays, grupos antiglobalización, verdes (antinucleares), pacifistas (anti-OTAN), etc. La retórica discursiva que subyacía a todo esto era la hegeliana, bien trabada y redonda, desde el punto de vista lógico, que iba a ser hábilmente troceada por *bricoleurs* muy cualificados, política e intelectualmente, en la descomposi-

ción de lo universal, para llevarlo, todo, a los límites del abismo. Los que sirvieron bien fueron también bien pagados, y en ello nada hay de demérito ni de ilegítimo. Pero el discurso que amagaron diluyó y fracturó también en microesencias la idea de ciudadano que puede ser administrada, ahora, al margen, por ejemplo, de la idea de Nación, pero en beneficio de nacionalidades espurias. En esto, sí tienen una clara responsabilidad. Lo que los alemanes no vieron en Habermas, lo premiaron los españoles, olvidando la filosofía crítica que se estaba haciendo en nuestro país. Habermas, a su modo, rubricó todo este proceso cuando llamó a Zapatero para felicitarle tras haber ganado las elecciones.

Todo lo anterior explica, en buena medida por qué el profesor Bueno no ha recibido aun el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, aunque en algún momento fuera propuesto. Pero hay también una razón más polémica y grave, desde, al menos, una casuística puramente intelectual. Al premiar a Habermas se reconocía la impagable labor de unos intelectuales que, tras lecturas “dialógicas” de la realidad política, ocultaban la inconsistencia del proyecto ilustrado en la Europa contemporánea.

¿Qué ocultan, en realidad? Tratando de hacer profilaxis de las fracturas democráticas, de las rasgadas en las que la propia democracia deja de funcionar como tal, convierten la medicina preventiva en una loa al propio sujeto enfermo, a la propia enfermedad que les da a ellos vida y premios. Pero nada de esto hizo Gustavo Bueno en ninguno de sus libros y menos que nunca en los recientes: *España frente a Europa* (2000), *España no es un mito: claves para una defensa razonada* (2005), *El mito de la izquierda* (2003), *La vuelta a la caverna: terrorismo, guerra y globalización* (2004), *Panfleto contra la democracia realmente existente* (2004), *El mito de la derecha* (2008) y *El fundamentalismo democrático* (2010). En todos ellos, de forma respetuosa para quienes piensan de otro modo, advierte que es imprudente creer que aquello que no funciona en nuestra democracia es motivo para, de algún modo, hacerla más fuerte, en la creencia, ciertamente ilusa, de que la propia democracia habrá de actuar como un

mecanismo homeostático capaz de autorregularse. El mecanismo de defensa que se esconde en esta creencia se denomina, en retórica, *córax* —se trata de un entimema o silogismo retórico explicado por Aristóteles en su *Retórica* (1402a18)— que se produce cuando la causa no verosímil, por serla, deja libre de cálculo al reo, es decir, se le exculpa por causa demasiado evidente (al débil, de maltrato: escudándose en que es débil, tendría vía libre para maltratar, sin que sobre él recayeran sospechas, pero esta posibilidad, que sería, a su vez, su coartada, se deja de lado por demasiado evidente; queda, entonces, exculpado por débil); pero igual ocurriría con la causa contraria, dado que es plausible que el reo pretendiera que parecer verosímil le exculpa de la intención y premeditación (al fuerte, de maltrato porque iba a parecer verosímil). Así las cosas, todo se quedaría igual, a la espera de que nada cambie o que de cambiar lo haga por su propio fuero.

Pena es que sólo nos sea dado ganar a Alemania en los terrenos de juego, como ha ocurrido en el pasado campeonato del mundo, y demos, al tiempo, por perdido —por falta de hondura y honradez intelectual— el reconocimiento debido a nuestros intelectuales más valiosos que en nada son menos europeos —por el hecho tan sencillo de ser españoles— que los alemanes o los franceses.

LA RECTIFICACIÓN ARISTOCRÁTICA DE LOS VALORES DEMOCRÁTICOS

El núcleo esencial del socialismo se instituye sobre mecanismos aristocráticos de gestión interna, para salvaguarda de su estructura, y democráticos, en la propaganda, para su implantación social. A la muchedumbre, al *demos* o al común, sólo se les puede hablar y convencer con una sola voz que surja clara y bien alta desde el centro de una asamblea. Ante la imposibilidad física de que esto ocurra en las democracias actuales, hay, en su lugar, dos mecanismos eficaces para que el pueblo administrado se muestre ante el administrador con un solo oído y

con una sola voz: el manejo proporcionado de las cargas fiscales y el uso inteligente de los medios de comunicación para lanzar mensajes, con un alto grado de contenido social, que conciten una aceptación mayoritaria. Esto sólo puede conseguirse si el pretendido ideario socialista se sitúa en un espacio puramente coyuntural. Este espacio tuvo, también, su propio recorrido en la revolución Francesa que utilizó el proselitismo y aplicó la propaganda. El uso que hizo de ambas cosas semejábese, dice Tocqueville, a las maneras propias de una revolución religiosa: se propagó lejos, penetró mediante la predicación y la propaganda, se predicó con celo para ganar adeptos, se consideraba al ciudadano en abstracto, al margen de su país y del tiempo; se convirtió, en definitiva, en una religión imperfecta, sin Dios, sin culto y sin vida eterna (1996:116-119). Como Tocqueville aun no podía conocer el materialismo histórico, vio con detalle lo que llegaría a ser su esencia, *in situ*, gracias al socialismo en ciernes del *Código de la naturaleza* de Morelly, del año 1755, en el que se preconizaba (1996: 274):

La primacía de la fe secular, la comunidad de bienes, el derecho al trabajo, la igualdad absoluta, la uniformidad de todas las cosas, la regularidad mecánica en todos los movimientos de los individuos, la tiranía reglamentaria y la completa absorción de la personalidad de los ciudadanos en el cuerpo social.

A la desafección social propuesta por el código de Morelly, oponía Tocqueville el realismo de los economistas. En tanto los economistas, dice, soñaban con cambiar la forma de la sociedad, los *socialistas* se apoderaban con la imaginación del mismo poder para destruir sus bases.

Cuando la vicepresidenta De la Vega compareció ante los medios de comunicación para admitir que había que contener el gasto —anunciaba, en ese momento, la rebaja del sueldo de los funcionarios y la congelación de las pensiones—, admitió explícitamente que el proyecto socialista quedaba momentáneamente en suspenso. Era fácil entender que ese proyecto parecía identificarse con el gasto social pero no con la gestión económi-

ca de los ingresos y gastos del Estado, es decir, la economía no parecía que hubiera formado parte de su programa ni tampoco de sus expectativas como partido político. Se ha de suponer, entonces, que la economía es una cuestión que sólo ha de ocupar a la derecha liberal.

Centrar el marchamo ideológico en el gasto social (cheque bebé, extensión de la prestación contra todo principio contable, 400 euros *urbi et orbe*, financiación de la actividad sindical para mantener a unos liberados sindicales cuya función es puramente la autorreproducción del gasto para obtener nuevas subvenciones, financiación de proyectos de investigación feminista cuyas conclusiones pueden encontrarse ya en el formulario de solicitud...) es pensar, como Marx creía, que el comunismo habrá de llegar como un momento natural de las contradicciones creadas por la abundancia, debida ésta a un crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas. No ocuparse del mercado ni de la economía es el paso previo para perder toda batalla social y política. Apuntarse al mito marxista de una sociedad socialista que acabará por implantarse es una tremenda irresponsabilidad que ha permitido al actual Gobierno socialista actuar, por pura inercia, en los asuntos económicos.

Entre los mecanismos democráticos —de comunicación y propaganda— y los mecanismos aristocráticos implícitos, no confesados, de gestión interna de los partidos —y de los grupos de presión y de la amplia capa conjuntiva de la sociedad, con capacidad decisoria y ejecutiva, dentro y fuera de la Administración del Estado— es menester la existencia de mecanismos explícitos aristocráticos que no puedan ser regulados por los procesos democráticos al uso. En realidad, esas fuerzas existen y actúan ya en el seno de nuestra sociedad, aunque lo hagan de forma polémica (caso de algunos intelectuales y periodistas, pocos), de forma polémica e institucional en otros (caso de la Iglesia), de manera escasamente crítica en algunos (el profesorado, en general, y de Secundaria y Bachillerato en particular, al usar de forma muy limitada su prerrogativa de libertad de cátedra). Sería equivocado pensar que son mecanismos democráticos. Sólo lo serían si actuaran como procesos de legitima-

ción del poder constituido. Pero si son críticos con la transmisión programática de los núcleos de cristalización de la izquierda (sea socialistas o comunista) son aristocráticos, dado que la crítica no está institucionalizada, aunque esté más o menos consentida. Esta crítica aristocrática es, entonces, homóloga de la de los intelectuales del XVIII francés, como Voltaire, que ejercían una crítica aristocrática, no de corte democrático —el pueblo de París aun no se había levantado en armas—, sobre el propio régimen que todavía podía condenarlos a muerte por redactar o imprimir escritos contrarios a la religión o al orden establecido.

No es de temer ninguna revolución, ni ningún cambio radical en España si tenemos en cuenta el escaso número de verdaderos intelectuales. Un ejemplo muy llamativo de intelectuales plebiscitarios, afectos al régimen ideológico (a la dieta, si se quiere) de Zapatero es Suso de Toro, profesor de secundaria en excedencia. Logró, durante el gobierno del bipartito en Galicia, colocar algunas de sus frases en las vallas publicitarias que pagaba la Xunta para hacerse más visible, si cabe, en medio de los desmanes de gobierno que, un día sí y otro también, acometía. No recuerdo el eslogan que firmaba, pero sí que era bien visible a través de las ventanillas del autobús urbano, camino de la ciudad de Vigo, desde la playa de Samil. Muy diferente era la actitud de los hombres de letras del siglo XVIII que actuaron por la sola virtud de la razón y consiguieron edificar estructuras paraestatales que no supieron que acabarían por iluminar el espíritu de la revolución. Dedicaron sus esfuerzos a filosofar, sin limitación alguna sobre el origen de la sociedad, la naturaleza del gobierno y los derechos constitutivos del ser humano. Nada que ver con los tres libros escritos por Suso de Toro (*Nunca más, Españoles todos* y *Otra idea de España*), carentes de hilo argumental, sin coherencia discursiva, llenos de descalificaciones y ocurrencias contra el PP, pero sobradamente complacientes con la mano que, durante todo este tiempo, le dio de comer. En una entrevista que se le hizo en el Magazine, hace un tiempo, recordaba cómo Zapatero le había ungido, poniéndole la mano sobre uno de sus hombros, en una suerte de ceremonia

laica de santificación, y cuenta que, en ese momento, sintió la poderosa mirada de los enemigos ideológicos del presidente dirigirse hacia él. Me llamó mucho la atención esta percepción, al ser interpretada por el protagonista como una imposición de manos, en la que se le armaba caballero de las letras y *lord* defensor de una ideología que, en realidad, sólo parece encontrarse a la altura de su propio desparpajo retórico.

Fue Alexis de Tocqueville, en su libro *El Antiguo Régimen y la Revolución*, quien, al analizar la revolución Francesa y el paso que dio de los principios aristocráticos a los democráticos (*sensu lato*), concluyó que la Revolución inspiró el proselitismo y engendró la propaganda. Dice que no fue capaz de imponer el laicismo que caracteriza con tanta contundencia a la filosofía y a los filósofos del siglo XVIII, como Voltaire. La Revolución descubrió, afirma, que la impiedad no sirve para administrar las ideas y las pasiones del pueblo; y, a mayores, creyó instaurar procesos democráticos que, en realidad, ya existían en el Antiguo Régimen, en las asambleas democráticas de las parroquias. Tocqueville reconoció, contra sus propios prejuicios y pronósticos, que el clero francés de 1789 era (1996:222-223)

tan favorable a la libertad civil y tan enamorado de la libertad política como el tercer estado o la nobleza, y proclama que debe garantizarse la libertad individual, no mediante promesas, sino por algún procedimiento análogo al *habeas corpus*. Pide la desaparición de las prisiones del Estado, la abolición de los tribunales excepcionales y de las avocaciones, la publicidad de todos los debates, la inamovilidad de los jueces, la admisibilidad de todo ciudadano a los empleos, que deben concederse tan sólo al mérito; un reclutamiento militar menos opresivo y menos humillante para el pueblo, y del que nadie quede exento; la redención de los derechos señoriales que, surgidos del régimen feudal, según dice, son contrarios a la libertad; la libertad ilimitada del trabajo, la desaparición de las aduanas interiores; la multiplicación de las escuelas privadas: según él, en cada parroquia se necesita una, que debe ser gratuita; establecimientos laicos de beneficencia en todas las zonas rurales, así como comisiones y talleres de caridad; toda clase de estímulos para la agricultura.

En la política propiamente dicha, el clero proclama, más alto que nadie, que la nación tiene el derecho imprescindible e inalienable de reunirse para hacer leyes y votar libremente los impuestos. Ningún francés, asegura, puede ser obligado a pagar un impuesto que no haya votado en persona o por representación. El clero pide además que los estados generales, elegidos libremente, se reúnan cada año; que discutan en presencia de la nación todos los asuntos importantes; que establezcan leyes generales a las que no se pueda oponer ningún uso ni privilegio particular; que fijen el presupuesto y fiscalicen incluso la casa del rey; que sus diputados sean inviolables y que los ministros siempre sean responsables ante ellos. También quiere que se creen asambleas de estados en todas las provincias, y municipalidades en todas las ciudades. Del derecho divino, ni una palabra.

Ni el socialismo más progresista sería capaz de administrarse todas estas píldoras, de golpe, en un único programa electoral.

La lucha de clases no fue la causa de la Revolución Francesa, al modo en como la entiende el marxismo, sino su consecuencia ideológica: Marx, en 1848, convirtió a los jacobinos en comunistas, falsificando así todo el proceso revolucionario, cuando, en realidad, el tercer estado carecía de conciencia de clase en el momento de llevar a cabo su revolución burguesa (Eric Hobsbawm, *Los ecos de la Marsellesa*, 1992:44-45, 68). Se daba el retruécano social en el que los nobles buscaban ser considerados “progresistas”, uniéndose a las logias masónicas, en tanto que las grandes fortunas, del tercer estado, intentaban incorporarse a la nobleza, como Claude Périer, propietario de una fábrica textil de Grenoble que pagó un millón de libras por varios señoríos y por el inmenso castillo de Vizille, en 1780 (Peter McPhee, *La revolución Francesa, 1789-1799. Una nueva historia*, 2003:34); unos señoríos que le proporcionaban unas rentas que fácilmente hubiera obtenido con una nueva inversión productiva.

La aristocracia fue quedando vacía de contenido, era un cascarón vacío que iba perdiendo autoridad y poder económico, a favor de una burguesía que utilizaba su dinero para revestirse con los ropajes de una aristocracia a la que quería parecerse a

toca costa. A esto ha de añadirse que las cargas fiscales estaban repartidas de tal modo que desvincularon a la aristocracia del campesinado, que al acceder, mayoritariamente a la propiedad de la tierra, rompió con los vínculos feudales, pero, al tiempo, asumió las cargas fiscales sobre las tierras que adquiría y que acabaron por serle en exceso onerosas. Esto sí que era una revolución, pero previa a la de 1789. Los señores, debido al peso de sus privilegios y a la clara inoperancia de sus funciones, convirtieron el feudalismo en la más grande institución civil sin ser ya una institución política. Lo que quedó entre medias fue un odio profundo del campesinado, que se sentía exhausto y abandonado por sus antiguos dueños, y acabó, sin quererlo, por buscarse un nuevo amo: la burguesía. En su lugar, la Revolución trajo un Estado centralizado que conservó la mayor parte de las instituciones administrativas y judiciales del Antiguo Régimen.

Vivir en democracia como aristócratas fue el panorama ilustrado que sirvió, a los profesores que dieron su salto a la política activa, en el seno del socialismo militante, para llenar de contenido político a un partido, el PSOE, que, en el año 1979, se había desembarazado por completo de Marx. Sin duda, fueron ellos los que tuvieron el mérito de convertir el erial ideológico, en que se había convertido el partido socialista, en lo que Jesús Trillo-Figueroa caracteriza como una ideología vaporosa y desarticulada, en su libro de 2005 *La ideología invisible. El pensamiento de la nueva izquierda radical*.

PARA QUÉ SER DE IZQUIERDAS

La Nueva España (sábado, 10 de julio de 2010) recogía una interesante información titulada “La intervención de Villa en una asamblea acaba con los paros en Laminados de Aller”. Villa es el secretario general de SOMA-FIA-UGT. La empresa, con graves dificultades debido a la crisis económica, pidió responsabilidad a sus trabajadores para poder seguir manteniendo su actividad y los puestos de trabajo. En Galicia, la CIG fuerza, hasta tal punto los paros, que algunos empresarios se han visto

obligados a abandonar su actividad productiva. Sin duda, el imaginario de la izquierda, ligado al mito de la conciencia de clase y de la clase capitalista, a la que entiende como su enemigo natural, se está resquebrajando. Este declive del discurso sindical se produce por dos vías: la de la prudencia (el caso puntual de Villa), que actualiza la *syndéresis* tomista, y el radicalismo reivindicativo que prefiere acabar con todo, incluso con el propio puesto de trabajo, de un modo que recuerda al sacrificio de Ifigenia, a manos de su padre Agamenón, que para evitar un mal, la falta de vientos propicios que les llevaran a Troya, produjo otro mayor, el asesinato ritual de una inocente. Los obreros que han padecido el radicalismo de ese sindicato nacionalista gallego deberían tomar buena nota de la miseria a la que les ha abocado; están obligados, por puro sentido común, a alejarse de un grupo del que se sabe que cuando vienen muy mal dadas, sólo busca el autoempleo para los muy allegados.

En tanto los sindicatos se enfrentan a la disolución de su propio mito, los intelectuales ociosos montan otro, llamado Imperio, habitado por la *multitud*, trasunto del evanescente movimiento obrero. Esta tendencia a crear espacios utópicos es una propensión natural de la izquierda y del nacionalismo que, al no encontrar acomodo en la realidad para sus construcciones delirantes, se inventan mundos atópicos e intemporales. Esto confirma el análisis de Tocqueville que comprobó cómo la Revolución Francesa había sido una revolución política que había seguido los pasos de las revoluciones religiosas, profundamente cargadas de utopía. Un ejemplo, reciente, más doméstico, lo encontraremos en el libro de Xavier Casals, *El oasis catalán (1975-2010). Espejismo o realidad* que bajo la apariencia de una exquisita neutralidad, termina por inventarse un espacio sociológico, tipo cataluña.cat, que ya no es ni .es ni .com,, en el que se situaría la esencia intemporal del catalán soberanista que no parece hallarse a gusto en un país de ciudadanos que no se definan por ser víctimas de esto o de lo otro.

Hay propuestas honradas como la expuesta por Rafael Rodríguez y José María Seco, en su libro *¿Por qué soy de izquierdas? Por una izquierda sin complejos* (Almuzara, 2010) que coinciden

ideológicamente con las posturas del liberalismo y de la derecha española en los males que aquejan a este Gobierno, en lo referente a la mal calculada visibilidad de la homosexualidad, en los pactos contra natura con los nacionalistas, de natural fascistas, en su permisividad con Hugo Chávez y el régimen castrista, o en lo tocante a su proyecto de una Alianza de Civilizaciones, capaz de abrazar al Islam, permitiendo todo tipo de dislates, en política exterior, contra el Estado de Israel. No se muestran, sin embargo, tan beligerantes con Evo Morales, aunque subrayan el valor demagógico del indigenismo. Parecen más de izquierdas cuando afirman la necesidad de sostener servicios públicos fuertes o una participación más activa en los procesos de decisión. Ambas cosas se las echan en cara, también, al actual gobierno socialista y, mucho más ahora, que ha renunciado, *por causas mayores*, a su ideario social. Pero, incluso, en estos dos puntos las diferencias ideológicas con los autores pueden ser matizadas y criticadas, al tiempo. En lo que atañe al mantenimiento de empresas públicas y servicios sociales, será una economía fuerte la que pueda garantizarlos, pero un Estado con apenas ingresos, difícilmente podrá convertir los beneficios de una empresa como AENA en beneficios propios; y mucho menos si se apoya sólo en Reales Decretos que tendrán muy difícil encaje en el privilegiado espacio de los controladores, muy hábiles a la hora de realizar huelgas encubiertas. Pero estas propuestas económicas no las sustentan sobre análisis económicos, sino sobre la pretensión, fuerte, ideológica de una profundización radical en la democracia que acabe, según ellos, en el autogobierno de los propios ciudadanos (Rodríguez y Seco, 2010:46).

La dificultad se encuentra en esta propuesta de democracia radical que, a mi juicio, en el límite, no hace sino triturar o diluir al propio Estado, en conformidad con las tesis del anarquismo. Esta propuesta se mueve en un plano que ya no es económico e, incluso, diría que ni siquiera ideológico o programático. Se mueve en el ámbito ontológico y aunque los autores la justificarán apelando a elementos comunes en Mounier, Gramsci y Negri, no lograrán fijarla críticamente ni aun recu-

riendo al método de la mera exposición de las posturas de dos izquierdistas reconocidos (Gramsci y Negri) o humanistas como Mounier que la harían, supuestamente, más inteligible y plausible. Nos situamos en un espacio abstracto problemático, similar a aquel en el que se tratara de dirimir, por ejemplo, si El Roto pudiera hacer liberal al ABC con las mismas viñetas con las que ilumina a El País.

Dicen los autores que todos ellos tienen en común su papel de intelectual martirizado (los tres estuvieron y escribieron desde la cárcel), de vivir la crisis cultural de Occidente y de hablar desde el marxismo. Definen al intelectual (*sensu stricto*) como aquel capaz de generar territorios utópicos que el ciudadano (también intelectual, pero *sensu lato*) no es capaz de habitar (2010:57). Esto lo resumen muy bien Antonio Negri y Michael Hardt en *Imperio*:

El poder de la crítica moderna reside precisamente allí donde se rechaza el chantaje del realismo burgués; en otras palabras, donde el pensamiento utópico, superando las presiones de homología que siempre lo limitan a lo que ya existe, adquiere una nueva forma constituyente.

Todo esto recuerda mucho a ese poder, el *pneúma*, que hace que los cristianos, en el seno de la Iglesia, sean santos por la vía del bautismo. Se trata de una santidad cultural, sacramental y pneumática que los autores del libro, incluyendo los de *Imperio*, tratan de ejercer, en la sombra, por homología (homonimia), desde sus respectivas iglesias: ya sean cátedras o departamentos universitarios a los que se adscriben sus seguidores o deudores. Tratan de hacerlo con la finalidad de “acabar con la división entre los intelectuales y las masas”. Unos intelectuales que detentan el *logos*, la palabra salvífica, pero cuyo discurso no es capaz de traspasar la frontera de sus acólitos o iniciados por causa de un lenguaje tan peculiar y, para la mayoría, retorcido. Reviven, así, las posturas del gnosticismo que propiciaba la salvación por el conocimiento, pero, ahora, se trata de salvar a todos, a los obreros, a los pobres, a los indigentes, a los locos de este mundo, aunque no sepan leer ni escribir, a todos aquellos,

en definitiva, a los que iba dirigido el Sermón de la montaña (San Mateo 5:1-11). Aquí es donde, en el nivel ontológico, resulta difícil reconocer que sus posturas sean de izquierdas —si acaso por el lenguaje heredado del marxismo— por contraposición a la derecha porque, como dice Gustavo Bueno, en *El mito de la derecha* (2008:12):

La identificación cuasi mística de un *hombre de izquierdas*, de un *militante socialista*, con un socialismo trascendente, capaz de dar sentido a su vida, que se enfrenta al egoísmo de los *hombres de derecha*, de los capitalistas y sus lacayos que sólo piensan en su beneficio, tiene mucho que ver con la identificación de un cristiano que se considera miembro de la Ciudad de Dios, que da sentido a su existencia, y le enfrenta al descreído, que sólo piensa en las necesidades inmediatas o en los placeres de la vida terrena.

Con todo este embrollo, este hilo de Ariadna, aparentemente inextricable, —en el que las ideas que pudieran definir a la izquierda quedan diluidas o mimetizadas en lo que se podría llamar, genéricamente, un pensamiento conservador—, se comprueba que el núcleo esencial para definir ya no sólo a la derecha, sino también a la propia izquierda, se encuentra en el Antiguo Régimen. De modo que, como afirma Gustavo Bueno en *El mito de la derecha* (2008:27) “La idea de Derecha, en cuanto idea político-social, antropológica, tiene prioridad virtual lógica respecto de la idea de Izquierda”.

El libro de Rafael Rodríguez y José María Seco, en la parte filosófica u ontológica, mantiene la línea escatológica de las utopías de izquierda que tratan de situarse, ahora, en la democracia realmente existente. Pero sin percatarse de que esa democracia es, a la vez, un punto ciego, es decir, un lugar común, en el que cualquier anticipación o *prolépsis* de lo por venir queda oscurecida por la erránea ideología que manejan, multidiversa, del presente, por mucho que intenten ocultarlo al mostrárnosla con el sutil velo de la utopía.

Además, adolece su análisis de un olvido antropológico que atañe a las virtudes aristocráticas (prudencia, fortaleza y tem-

planza) que aparecían ya en la *República* platónica, como consecuencia de la tripartición del alma del ciudadano en tres *dynaméis* o potencias: racional, irascible y concupiscible. No puede haber *polis* o Estado que no las tenga en cuenta. La intrincada dialéctica entre las tres partes del alma ha pasado a configurar una estructura política que coloca al deseo humano en una situación en la que no suele sentirse comprometido ni obligado con valores democráticos, como si estos valores pudieran ser contemplados como un momento natural en el proceso de emancipación social.

Las tres propuestas que hacen para sacar a la izquierda de su inoperancia secular (inequívoca lucha por la justicia social, respecto de los derechos humanos y de la plural identidad de los seres humanos en el seno de una sociedad democrática como único marco aceptable y la negación creativa del capitalismo) no armonizan con la naturaleza egoísta del ser humano. Los valores de solidaridad, en sociedades tan complejas como la nuestra (en lo económico, en lo político y en lo social), no vienen determinados exclusivamente por la buena voluntad de los agentes sociales. El egoísmo se presenta históricamente muy bien estructurado, lo que ha obligado a la izquierda, una vez sí y otra también, a negarlo, sistemáticamente, como fuente de progreso o de cultura.

La confusión, que se genera al tratar de dilucidar si el egoísmo es una virtud, un valor, o no lo es, aparece en la relación que hacen de las características de las sociedades justas frente a las injustas. Serían sociedades justas aquellas en las que primaría la igualdad, la libertad, la individualidad, el bien colectivo y ayuda mutua y la cooperación. Por el contrario, serían sociedades injustas aquellas en las que los valores que primaran fueran la desigualdad, la dominación y explotación, el egoísmo e individualismo, la desconsideración hacia la comunidad y la competitividad. Pero el caso es que la competitividad no es, a su vez, incompatible con la cooperación; de hecho, ambas han de entenderse como procesos transitivos en las actividades tanto económicas como sociales. Igual ocurre con la desigualdad que es una idea directriz que prevalece en la redistribución de

honores; por ejemplo, en las notas que reciben los alumnos de una clase, salvo que el profesor adopte el criterio de la igualdad y de, entonces, aprobado general, perjudicando, así, a los buenos en beneficio de los malos.

Fukuyama en su libro *El fin de la historia*, nos desvela cómo el deseo, la *epithymía*, y la honra, *tymé*, conllevan la querencia de bienestar social y de estatus, asociados al consumo y a la capacidad adquisitiva, y conducen al reconocimiento social. Son, pues, valores genuinamente aristocráticos, no valores democráticos. Y aunque pueda resultar duro decirlo, también lo son la dominación y el egoísmo, que no pueden ser anulados, ni tampoco dejados de lado, por la buena voluntad, sin más. En el límite, desaparecen como fuerzas dialécticas, al tiempo que lo haría el deseo, en construcciones puramente metafísicas como la *Person des Dings* de Schiller (en sus libros *Kallias* y *Cartas sobre la educación estética del hombre*). Pero ese “en el límite” denota su imposibilidad real de hacerse efectiva. Lo que Schiller quiere es naturalizar la ley en una síntesis que tenga como núcleo la personalidad del ciudadano, en la que se fragüe lo que de natural y violento hay en el Estado natural y lo que de ley hay en el Estado moral, en una suerte de armonía que impediría la caracterización del ciudadano como egoísta, en la medida que ejecuta su función como si ésta fuera un modo natural e intrínseco de su personalidad, salvando así el escollo kantiano de la moralidad, del imperativo categórico, por una vía puramente estética.

No puede, entonces, hablarse de alternativas susceptibles de ser llevadas a cabo, en la praxis, que oculten procesos metafísicos de configuración social. Porque, de hacerlo así, las alternativas descritas aparecerán como posibles, a la espera de condiciones saludables para su implantación política pero en un cuerpo que, de suyo, no es propiamente cuerpo, dado que la *Person des Dings*, que es fundamento de las alternativas utópicas de Rafael Rodríguez y José María Seco, se retrotrae a la unidad *synolótica* que es, por su naturaleza, una totalidad impropia, que se movería en el espacio de las esencias flotantes, no realizables. Los habitantes o ciudadanos de las *demoarquías*, que proponen como alternativa política de izquierdas al capitalismo, se pue-

den equiparar a la *Person des Dings* de Schiller, dado que solo pueden funcionar si se logra fagocitar completamente al propio capitalismo, es decir, sólo funcionarán si todos los ciudadanos se vuelven de natural utópicos, incluidos los propios capitalistas. Aparecen, también, aunque no explícitamente, como una alternativa social a los partidos. Pero estas estructuras míticas (las *demoarquías*), de lograr su total hegemonía, o bien la lograrían por la vía armónica monadológica —a la manera de la armonía preestablecida de las mónadas de Leibniz, entendiendo ahora las mónadas por semejanza con las “comunales” societarias o las “cooperativas” de tipo económico— o bien por la vía hegemónica impositiva, por implantación política, por encima de y en contra de la voluntad de aquellos que no desearan vivir en estos jardines edénicos. El primer caso no puede darse porque tal armonía es metafísica y carece de implantación política factible. El segundo caso sí es posible, pero a costa de acabar con la dialéctica entre partidos que, en el límite, buscaría alcanzar una *pars pro toto*, una parte que fagocitaría al todo, la nación, es decir, una suerte de totalitarismo (*vid. El mito de la derecha*, 2008:269).

La última alternativa supondría constreñir, desde fuera, al hombre, para que fuera bueno, para que cooperara, para que habitara en las *demoarquías*, lo quisiera o no, pero precisamente esos estados coercitivos son los que parecen querer evitar, explícitamente, los autores en su utopía de izquierda. Aunque, dos, de los tres pensadores citados como modelos, en su libro *¿Por qué soy de izquierdas?*, apelarán, en algún momento, a la violencia institucionalizada, para conseguir sus fines, como ocurre en Negri y Mounier. En el caso de Negri, acusado de participar intelectualmente en el secuestro y asesinato de Aldo Moro, se ven obligados a diferenciar entre terrorismo y sabotaje (2010:80, nota 63), haciendo bascular la violencia sobre el sabotaje que, por decirlo de algún modo, es una violencia más *civilizada*, al constituirse conforme a fines. Mounier apelará a la violencia activa para combatir la democracia liberal, pero insertándola en una violencia sacral que ya desde San Agustín, pasando por Santo Tomás, la consideró como guerra justa (*bellum iustum*)

y que el presidente de los Estados Unidos, Obama, hizo suya en el discurso que pronunció al recoger el Premio Nobel de la Paz.

Con el título de este capítulo final, “Para qué ser de izquierdas”, no quiero indicar que sentir que se asumen unos valores que puedan considerarse de izquierdas sea un acto inútil, pero sí afirmo que es una asunción problemática. No basta con que uno esté convencido de que sus valores están plenamente justificados como para que esta convicción, o acto de fe, garantice que la propia razón, ejercitada críticamente, sea proclive a sancionarlos. El problema que plantean las cualidades, que se suponen configuran a la izquierda social, al socialismo progresista, a la izquierda crítica que se posiciona frente al anterior, a la izquierda vagabunda de IU... es que surgen enfrentadas a un proceso que emana de un núcleo mucho más genuino (Bueno, *El mito de la derecha*, 2008:27-28, 123-162) que pivota sobre los valores aristocráticos procedentes del Antiguo Régimen y *de facto* muchos de los que se declaran progresistas o socialistas — sobremañera si han tenido responsabilidades políticas o de Gobierno— actúan siguiendo pautas, como hemos apuntado, aristocráticas, como si éstas constituyeran vías naturales de la propia acción política, más eficaces que las propias vías democráticas que están obligados a defender constitucionalmente.

El escándalo de la primarias, en el seno del partido socialista, produce sonrojo en cualquier demócrata. La plasticidad ideológica de Trinidad Jiménez para pasar por voluntad suya lo que es imperativo de otros (Blanco y Zapatero) muestra a las claras que la democracia interna del partido socialista no se ajusta bien ni armoniza con las estructuras aristocráticas que utilizan para designar candidatos. Un problema que se le presenta al PP, de otro modo, con las dificultades que muestra para imponer a Álvarez Cascos en Asturias, el único candidato del Partido Popular con posibilidades reales de ganar a los socialistas. Otro ejemplo lo encontramos en el perfil económico que La Gaceta va desvelando de Bono que no se corresponde con la imagen de un socialista, tal y como nos la transmite el imaginario colectivo que asocia esta figura a la de un panadero o un tipógrafo que trabajaba muchas horas, sin cobertura social y

cobrando muy poco. La relación económica de los bienes inmuebles del presidente del Congreso mueve a escándalo en lo ideológico, puede que haya irregularidades fiscales o de otro tipo, pero demuestra que existe una aristocracia socialista, antigua, y nueva, por venir, que nunca incorporará la necesaria y exigible coherencia entre lo que uno cree y practica luego. Una hechura tan hipócrita sólo puede campar a sus anchas si deja de lado los valores aristocráticos que realmente permiten la cohesión social y la necesaria armonía entre lo público y lo privado: la familia como núcleo esencial de la sociedad civil, la protección de la vida del no nacido, el respeto y la autoridad como elementos básicos en todo proceso educativo que garantizan, a su vez, la censura de actitudes incívicas y su castigo proporcionado, la nación como lugar de encuentro de todos los españoles —una mayoría inmensa que no necesita falsificar el número de los que saldrían a la calle para mostrar su identificación con ella— y la caridad para con los pobres y necesitados, de lo que en buena medida ya se ocupa la Iglesia.